

“¿Qué sucede cuando la adaptación inicial no funciona; cuando el niño sigue encontrándose mejor en el ambiente hogareño que en el colegio?; ¿cómo logra expresarlo hacia los demás? ¿Qué pueden hacer los padres?”

ESCOLARIZACIÓN PROBLEMÁTICA: ¿SIMULACIÓN O FOBIA?

F. Javier de Santiago y M^a Montfragüe

Cuando el niño inicia la etapa escolar se enfrenta con muchos más cambios de lo que en principio parece un simple alejamiento físico del hogar y de las personas que le rodean. Implica, en primer lugar, levantarse antes de lo acostumbrado, someterse a un horario más planificado y estricto, conocer y convivir con personas nuevas...; todo ello exige además una *separación emocional durante unas horas de su entorno físico y afectivo* (progenitores, casa, juguetes, animales de compañía, etc.) durante unas horas que pueden convertirse en una eternidad para quien no lo lleve demasiado bien.

Este nuevo ambiente está formado por su propio colegio (con tantas sillas y mesas en clase, ventanas, pasillos inmensos...); su profesor/a (con quien simpatizará en mayor o menor medida si responde a lo esperado por él); sus compañeros (donde encontrará su propio hueco y con quienes empezará a vivenciar experiencias hasta ahora totalmente nuevas, como puede ser compartir juguetes, material escolar o la atención personal hacia él) y, algo de gran importancia para el escolar, acostumbrarse a la ausencia íntegra de aquello que, *durante lo que ha sido hasta ahora "toda su vida"*, le ha proporcionado protección y estabilidad: su madre o la figura responsable de sus cuidados, los juguetes, los seres personales, las referencias físicas de la casa, la televisión... y de una forma u otra su libertad para campear de un lado a otro. Esta situación de separación afectiva, en ocasiones pasada por alto, supone un gran

ajuste personal que no es fácil de llevar a cabo por todos al comienzo de la escolarización.

En la mayoría de las ocasiones los primeros días pueden ser duros tanto para el escolar como para los mismos padres; sin embargo tras un ligero tiempo de acomodación a esta nueva situación social y familiar todo llega a tomar un curso apropiado y afable.

Pero, ¿qué sucede cuando la adaptación inicial no funciona; cuando el niño sigue encontrándose mejor en el ambiente hogareño que en el colegio?; ¿cómo logra expresarlo hacia los demás? Por responder de un modo exagerado, pero bastante real, se diría que surge el caos personal, escolar y familiar ya que todos se

ven implicados en mayor o menor medida. Las primeras pataletas comienzan a florecer: oposición fuerte a ir al colegio, apatía, llantos, vómitos, inapetencia, insomnio y pesadillas, e incluso fiebre... pueden padecerse con más o menos intensidad.

Este salto socializador y educativo de alejamiento del mundo conocido genera en el niño una fuerte necesidad de seguridad y de ayuda inmediata que necesita ser proporcionada por los demás: un *"¡os necesito también en el colegio!"*. Según la psicoanalista francesa Françoise Dolto, el hogar es vivido generalmente, por el niño, como una fortaleza en cuyo interior el niño logra sentirse muy protegido ya que en dicho ambiente



están presentes mensajes del estilo, "aquí no puede sucederte nada porque estás en casa", "no te preocupes que mientras estés con tus padres no te ocurrirá nada malo" etc... Dichos comentarios son necesarios y tranquilizadores para el niño, pero no deberíamos olvidar de una forma muy sutil llevar consigo la idea de que la ausencia física de los progenitores puede converger con un peligro inminente. Con ello no pretendemos decir que sea inadecuado hacer ver a los niños la confianza y seguridad en el hogar, pero sí que en algunos niños, si el mensaje queda excesivamente calado o es en demasía repetido puede hacerles sentirse incapaces de prolongar dicha seguridad a otros ambientes diferentes al de casa.

Tavernier también corroboraba la idea de seguridad emocional en el hogar. Según su criterio, debemos entender que hasta que los niños inician la escolarización han estado protegidos y rodeados de afecto centrados en él, sus pequeñas o grandes dificultades han sido solventadas en la gran mayoría de los casos por la familia; por lo tanto su inclusión en un grupo de niños y adultos desconocidos -donde tiene que aprender, entre otras cosas, a arreglárselas por sí mismo- puede crear en él determinadas "ansiedades de separación" con respecto al núcleo familiar. Esto, en algunos casos, provoca un miedo morboso a esa situación desencadenante, es decir, temor al abandono de la protección del hogar para enfrentarse a la escuela, sentimiento que se convertiría en miedo patológico al colegio o la llamada fobia escolar.

Fenichel nos ofrece otras claves interesantes para entender cómo puede vivenciar un niño su inclusión en el colegio. En ocasiones, toma su primera experiencia de trabajo escolar como algo impuesto, un imperativo que responde más al deber que al placer: "Desde el próximo curso deberás comenzar en el colegio", "Ya no podrás quedarte hasta tan tarde viendo la tele", "Despidete de estas costumbres porque cambiarán en cuanto comience el cole". En consecuencia, las expectativas creadas por él no serían todas las positivas que pretenden quienes le rodean. No se les presenta su escolaridad como una experiencia diferente y gratificante: conocer más amigos de su edad, convertirse en un niño responsable y que ya es mayor porque va a la escuela, descubrir en ella nuevos misterios que en casa no son posibles...

En sí, es de suma importancia que los padres transmitan la adaptación al colegio con tolerancia y entusiasmo compartido por todos, más que con actitudes de disciplina o exigencias que no permitan espacio para el tiempo libre. Una situación inédita que separa unas horas al niño del hogar pero que a cambio le aportará gran cantidad de acontecimientos nuevos que

pueden compartirse tanto en casa como en el colegio.

Otro matiz importante sería aclarar si en realidad se trata de una fobia escolar o de sencillamente una tréta para evitar ir a la escuela por encontrarse más cómodo en casa. La distinción entre una u otra actitud es de suma importancia puesto que las medidas a tener en cuenta para solucionar uno o otro problema también son muy diferentes.

Para ello deberíamos clarificar y conocer los tres tipos de conductas más frecuentes que se observan ante un negativismo escolar:

Desmotivación escolar.

El chico no tiene ningún miedo por asistir al colegio, simplemente es que no le gusta ir y en la medida de lo posible evitará o acudirá con desgana. Esto originaría por múltiples factores pero, en general, podría decirse que se debe a que encuentre mejores alicientes para permanecer en el ambiente familiar o social que en la escuela -la televisión, los amigos, juegos...- y que continúe con su estancia en casa.

En nuestra experiencia profesional -y en testimonios de algunos profesores- nos hemos encontrado con casos excepcionales de actitudes familiares que fomentan en mayor o menor medida estas conductas con expresiones similares a "para qué va a estudiar si nosotros sin ir a la escuela hemos vivido bien", "no necesita ir a la escuela para aprender este oficio", o situaciones familiares donde la ayuda económica es más necesaria que su asistencia al colegio. Esto se ha observado, aunque hablamos de casos excepcionales, en familias donde el trabajo se apoya básicamente en labores como la agricultura, pesca, venta ambulante, etc.

Otro tipo de problemática más frecuente, la encontraríamos ante un ritmo diario de vida que no se encuentra lo suficientemente asentado dentro del propio hogar: pocas horas de sueño, horarios desordenados, escasa atención a los deberes de la clase, tareas extraescolares excesivas que distraen del colegio o que llegan a fatigar demasiado etc...

La solución a dicha problemática no es fácil de ofrecer sin un estudio claro de todas las circunstancias que se superponen alrededor. La inclusión tanto de la familia como de los educadores será clave para la solución a esta situación.

La simulación rosa.

Actitud muy difundida en el ser humano y especialmente en los niños. Se trata de una simulación, realizada incluso con bastante autenticidad, de síntomas

o enfermedades para obtener beneficios gratificantes con carácter inmediato. Tales fines, entre otros, sería quedarse con la abuela que ha venido de visita, ver la televisión, no tener que levantarse pronto, conseguir más atenciones y mimos, etc... Un ejemplo común de este tipo de simulación sería el fingir un dolor de estómago -que en realidad no sufre- para no acudir a la escuela y ver el último capítulo de sus héroes televisivos favoritos.

El modo de evitar dichas "actuaciones" dependerá en gran medida de cómo es el niño y de las circunstancias que están sucediendo a su alrededor para que el niño necesite fingir una dolencia. Cuando podemos observar que es un hecho sin importancia médica alguna, lo más indicado sería hacerle acudir a clase sin prestar mayor atención a sus quejas sin cargarle con reprimendas innecesarias, hacerle ver que no sucede nada; en otros casos cuando la simulación es excesiva, el mero hecho de quedarte acostado en la cama -pero sin ningún tipo de atención especial ni de actividad grata para él- puede disuadirle de volver a repetir dicha "comedia". De cualquier manera, lo más aconsejable será siempre evitar que se quede en casa bajo ningún concepto; pues así se impedirá que pueda conseguir la meta que desea y que la conducta simuladora se repita con mayor frecuencia.

La fobia escolar:

El niño que presenta dicho trastorno siente un miedo exagerado y desproporcionado para asistir al colegio que originaría síntomas de carácter involuntario como puede ser: gran estado de ansiedad o nerviosismo; mareos que pueden llegar a la pérdida de conciencia; náuseas y vómitos; dolor de cabeza o en distintos órganos; rechazo al alimento; diarreas; dificultades para conciliar el sueño o pesadillas que se presentan exclusivamente en los días de colegio o vísperas y que desaparecen en vacaciones y/o al comienzo de los fines de semana... etc. Cuando nos encontramos ante una problemática así lo aconsejable siempre es poder hablar con el psicólogo del equipo de orientación del colegio ya que, si no es cogido a tiempo, esta fobia puede agravarse y su solución será más difícil.

Creemos interesante conocer la incidencia de la fobia escolar según el psicólogo evolutivo J. de Ajuaguerra, ésta se da con mayor frecuencia en hijas únicas y aumenta más en las niñas que en los niños. A pesar de las múltiples lecturas que pueden hacerse de estos datos se podría deducir la probable existen-

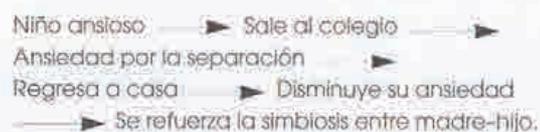


cia de sobreprotección familiar y una fuerte dependencia entre madre e hijo/a.

Respecto a los datos de la prevalencia de edad comentaremos que suele afectar tan sólo al 4% de los niños situados entre la edad preescolar y los 18 años, acentuándose más en la etapa media de la infancia -8 y 10 años- y se reduce en el inicio de la adolescencia.

También nos encontramos con diferentes puntos de vista para la explicación del origen de la fobia escolar. Las teorías psicodinámicas, quienes analizan dicha problemática desde lo que el niño siente afectiva y emocionalmente, ponen el énfasis en que dicha separación es realmente traumática no por el hecho de la separación en sí, sino por la ausencia y privación atemporal de la figura significativa para el niño. Este no quiere alejarse de la madre porque teme su soledad en el colegio, que vería como su abandono en un mundo desconocido y perder por tanto el cariño materno o paterno. Las consecuencias a dicha circunstancia sería el aislamiento frente a sus compañeros de clase, en palabras del notable psicoanalista español P.F. Villamarzo: *"Si dicha angustia de separación es muy elevada, el niño dejará de ensayar sus acercamientos a otros niños o ambientes"*.

El escolar, de un modo subjetivo, vive una perfecta simbiosis con la figura materna: "mamá y yo somos uno" y la separación de ella le origina una gran angustia. Esta simbiosis se ve fomentada como un círculo cerrado cada vez que se ausenta y vuelve con la madre:



Otras perspectivas diferentes de la psicología analizan la fobia escolar como la influencia de lo que una piensa acerca de esa nueva situación. Así, si un niño antecede que en clase lo va a pasar mal no es difícil que cuando llegue al aula lo pase fatal. Sobre todo si se anteceden comentarios -sin necesidad de ser malintencionados- a su escolarización del tipo de "qué ganas tengo de que comience el colegio para que me dejes en paz"; "cuando estás en el colegio es cuando descanso"; "oye que esto no es como tu casa" ... y que el niño puede interpretar de un modo erróneo.



Otra explicación sería que el niño aprende a responder con conductas de evitación ante acontecimientos donde no existe amenaza alguna pero que le provocan miedo. Si esta conducta se ve apoyada se repetirá con mayor frecuencia. La familia, de una forma indirecta, puede alentar dicha actitud al no enseñarle a enfrentarse con seguridad a sus miedos. Es decir, ante los temores irracionales del niño adopta más responsabilidades para protegerlo, de esta forma impide que se enfrente a ambientes donde no corre riesgo alguno y apoya la repetición de esas mismas conductas en un futuro. La explicación a la fobia escolar se basaría entonces en que el niño no quiere ir al colegio porque le da miedo ese ambiente desconocido, y la única manera de actuar que conoce ante dicha situación de temor es no enfrentarse a ella, evitar en lo posible el ir. Así cuando se ve forzado a asistir a clase surgen toda una serie de respuestas, en un principio involuntarias, como son los vómitos, lloros, nerviosismo... que si consigue finalmente con ellos eludir la escuela es altamente probable que repitan cada vez con mayor frecuencia.

Por concluir con las teorías explicativas sobre la fobia escolar, diremos que su origen es debido a múltiples causas además de las expuestas anteriormente y que en su tratamiento, realizado por profesionales cuando el problema llega a tomar importancia, se debe incluir la comprensión y orientación a la familia y educadores quienes no son los culpables de dicho trastorno. Lo difícil en la práctica clínica del problema es hacer comprender a todos que las dificultades de adaptación al colegio no son exclusivas del centro escolar o de un determinado profesor con quien no congenia bien, sino que las propias conductas y pautas exageradas como la hiperprotección, miedos potenciados, etc... son los mejores aliados para la adquisición de un trastorno fóbico. La familia debe fomentar en el niño que su presencia produzca ilusión y seguridad, pero también que su ausencia en determinadas circunstancias como el colegio, no debe provocar inseguridades o temores en él.

En general, ¿qué pueden hacer unos padres y educadores para prevenir o lograr un primer intento de solución a las situaciones anteriores?

Ante todo debemos tener presente que no existen recetas mágicas que allanen estas dificultades de un día para otro y, desde luego, algo importantísimo que no debemos olvidar nunca es que el diálogo afectivo entre padres e hijos puede ofertar de un modo claro la solución. Hablar permite conocer y encontrar una forma de solución conjunta a lo que el niño nos está pidiendo de un modo erróneo. Hay que tratar de ayudarle en lo posible a que inicie sus primeros pasos de independencia familiar, pero teniendo claro que sigue dentro de ella aunque esté ausente por unas horas.

Algunas ideas -que en nuestra opinión consideramos interesantes- para disminuir la ansiedad originada por esta separación y que ayudarían al niño a enfrentarse a la escolaridad podrían ser las siguientes:

- Detectar si el niño está siendo objeto de burlas, risas o situaciones indeseables, por parte de sus compañeros, debido a posibles anomalías físicas o "inferioridad" evolutiva.
- Una buena estrategia para rebajar el miedo consistiría en llevar a los hijos al colegio uno o dos días antes -o incluso cuando finaliza el curso previo a su escolarización- para así conocer el lugar juntos su educador o educadora, niños de su edad, la clase, el recreo, etc.
- Quitar -en un principio y cuando el médico haya descartado enfermedad orgánica- toda importancia a los vómitos, dolores de cabeza u otros síntomas psicósomáticos, haciendo ver al niño que esas conduc-

tas no son las adecuadas para expresar lo que siente. El poder decir por qué no quiere ir no debería ser tan difícil si no se le atemoriza ante su negativismo, hacerle comprender que esos trastornos no son la solución para eludir su asistencia a clase; demostrarle con hechos y afecto que la separación sólo será por unas horas y lo va a pasar bien en el colegio...

- Otra medida importante sería el evitar que la familia manifieste su ansiedad ante el problema manifiesto por el niño; el que los padres se muestren excesivamente nerviosos sólo potenciaría que el niño se sienta todavía más culpable por lo que sucede a su alrededor cuando va a clase. En el fondo, podría pensar que todos están nerviosos cuando se va al colegio, por lo que ese lugar no debe ser tan bueno como dicen, o que allí puede ocurrirle algo grave ya que su familia tiene más miedo que él...

- Reforzar las conductas de independencia por parte del niño hacia la familia. Deberíamos dejarle jugar en el parque con otros niños de su edad evitando, en lo posible, la presencia "policial" de quien lo cuida; llevar amigos a su casa; permitirle visitar a los suyos en sus casas... de este modo se irá logrando poco a poco que pierda el miedo a estar sin la presencia de los padres y sentirse más seguro.

- Evitar cuando es necesario, que deje de acudir al colegio pues con ello se consolida más el problema y se intensifica su sobreprotección. Hemos de tener en cuenta que es tan perjudicial la falta de amor como el exceso desproporcionado del mismo.

- Utilizar lo que Winnicott, pediatra y psicoanalista, denominó "*objetos transicionales*", es decir, objetos muy familiares para el niño y que guardan gran relación con su ambiente familiar y afectivo. Estos, ante la ausencia de la madre o de la persona significativa para él, cobran un valor importantísimo porque de una forma indirecta la sustituye transmitiendo al niño su recuerdo y cariño. Para ello sería muy conveniente que los propios padres se lo ofrezcan y que además sea muy representativo de su persona para que nada más mirarlo avive su recuerdo. El mechero que utiliza a menudo, un llavero, una diadema del pelo, un pañuelo, una pulsera sin valor... etc. que pueda tener consigo en el aula -y cuya pérdida no sea irreparable- lograrán amainar muchas de las tensiones creadas en el niño cuando entra en el colegio. Si además se acompaña con frases cariñosas como "*para que te acuerdes de mí*", "*lo he traído pensando en tí*", "*para que te acompañe en clase*" etc... el juguete u objeto tendrá gran poder terapéutico ante su soledad. Este objeto transicional se convierte así en un *punto de unión afectiva entre el niño y la madre ante la sepa-*

ración de ambos; sería como decir "te tengo a mi lado porque están tus cosas". Sin embargo, es importante destacar que la presencia de dichos objetos transicionales si son recomendables al principio -en los primeros días de clase-, pero debe preocuparnos si la necesidad de su presencia se prolonga en el tiempo (semanas, meses...) porque esto indicaría un alto grado de ansiedad y se caería en el riesgo de convertir dicho objeto en un fetiche sin el cual es incapaz de sentirse seguro. Lo mejor que puede llegar a suceder es que el niño acabe abandonando sin que se le dé mayor importancia.

- También es necesario recogerles en la puerta del colegio, esperarle antes de que salga, esta es una prueba grande de seguridad para él; un niño en los inicios de su escolaridad podría experimentar la tardanza de varios minutos en llegar a recogerle como que sus padres le han engañado y le han dejado sólo. De todos modos somos conocedores de la dificultad que entraña en la actualidad este hecho porque tanto el padre como la madre son trabajadores fuera de casa.

- Evitar los dobles mensajes o contradicciones como "*me da miedo que salgas a la calle*" y *por otro lado "qué ganas tengo de que comiences el colegio y que me dejes tranquila"* con ello tan sólo lograríamos que el niño no tenga claro dónde está mejor, o lo que es peor, que se sienta aparcado en el colegio.

- Finalmente, si observamos que los lloros propios de los primeros días se prolongan demasiado lo más adecuado sería hablar con el psicólogo del centro que será quien mejor pueda orientar y dar las pautas más indicadas para la solución al problema y evitar que se convierta en una fobia escolar. En este momento es de suma importancia que el niño sepa por qué y para qué se habla con el especialista, respetando siempre sus sentimientos.

Para saber más

- Bowlby, J.: *La separación afectiva*. Paidós, Buenos Aires, 1979.
- Winnicott, D.W.: *Realidad y Juego*. Gedisa, Barcelona, 1979.
- Winnicott, D.W.: *Conozca a su hijo. Psicología ante las primeras relaciones entre el niño y la familia*. Paidós, Buenos Aires, 1980.
- Enciclopedia Práctica de Psicología*. Orbis, Barcelona, 1985. Vol. III.
- Dotto, F. *Niño deseado, niño feliz*. Paidós, Barcelona, 1994.